

NIÑOS DE LA BIBLIA.



PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO.

XXXV.

MARIA.

En un humilde y apartado pueblo de la Judea vivían dos santos consortes, Joaquín, llamado también Heli, y Ana, natural de Bethleem, y ambos de la tribu de Judá y del linaje y descendencia de David. Ejemplar era la vida que durante veinte años de matrimonio habían hecho los dos esposos, ocupándose en obras de piedad, reservan-

Noviembre de 1849.

do de su hacienda la parte estrictamente necesaria para su sustento, y dando lo restante á los pobres, y ofreciéndolo en el templo del Señor. Pero á pesar de tantas buenas acciones y de la constante práctica de la virtud de los dos esposos, no habían merecido el fruto de bendición que entre los israelitas era siempre considerado como el principal indicio de los favores del cielo. Afrentados estaban Joaquín y Ana de esta mengua, hasta el extremo de abandonar la compañía de los suyos y retirarse á la soledad del campo, viviendo entre los pastores, recur-

Tomo III. 21

riendo á Dios con oraciones y lágrimas continuas, y ofreciéndole consagrar en el templo á su santo servicio la sucesión que se dignase concederles. Tan ta perseverancia había de obtener al fin una recompensa superior á todo encarecimiento.

Convenia para remediar el daño y ruina universal de los hombres, daño que había entrado en el mundo por una muger, que naciese otra en la que tuviese principio la redención: una muger quebrantadora de la cabeza de la infernal serpiente, y que predestinada para ser la madre del Altísimo Dios, fuese enriquecida y hermoseada desde el primer instante de su ser con todos los dones de la divina gracia. Esta criatura sin mancha, nif ealdad de pecado, esta pura virgen, esta niña celestial que Joaquín y Ana tuvieron el inefable placer de estrechar entre sus brazos. En el nacimiento de esta hermosísima niña, nueva y resplandeciente luz rasgó las tinieblas que tenían oscurecido el universo; luz precursora del Sol de justicia que había de iluminar á toda la humanidad, libertándola de sus males y miserias.

Pusieron á la niña por nombre **MARIA**, que significa *mar de gracias*, porque habiendo sido escogida para la mayor dignidad que cabe en la humanidad, también la fueron concedidas las mayores gracias y preeminencias que á la humanidad pueden perfeccionar. Esta criatura, predilecta del Señor, fué creciendo en edad, y mas todavía en prudencia y sabiduría: su madre la daba lección, pero ella comprendía ya las santas Escrituras, causando la admiración de cuantos la observaban, y no comprendían el misterio que en ella se operaba, ni podían concebir tanta santidad y virtud en tan tierna edad.

Había entre los judíos de la antigua ley la religiosa costumbre de ofrecer sus hijos á Dios y consagrarlos á su santo servicio desde antes de que naciesen. El niño ó niña, apenas llegaba á la edad competente, que nunca podía pasar de los cinco años, era llevado por sus padres al templo, donde hacían entrega formal de él á los sacerdotes para que le ocupasen

en la confección de los ornamentos, en ayudar á los ministros del altar y en preparar todo lo necesario al culto divino. La Santísima Virgen Maria fué una de estas piadosas criaturas, pues consagrada á Dios por sus padres Joaquín y Ana, fué llevada al templo á la temprana edad de tres años.

El sumo sacerdote Zacarías sale á recibirla, á pesar de lo elevado de su ministerio, y mira complacido la presteza y alegría con que aquella niña sube las quince gradas del templo, en las que así como en la escala de Jacob, están simbolizados todos los grados de la perfección, hasta lo sumo de ella, y colige que del mismo modo recorrerá la escala de las virtudes, hasta ser dechado de todas ellas.

¿Quién es esta niña tan bella como modesta y graciosa? decían los funcionarios del templo.

¿Quién es esta niña, decían los celestiales espíritus, que nace y se levanta como la alegre mañana, hermosa como la Luna llena, y escogida como el Sol, sin haber otra en la tierra que la iguale?

Maria entró gustosa y resuelta en el templo, dispuesta á servir en él por toda su vida á su Criador y Soberano Señor: allí, la primera en la humildad y la mas perfecta en la virtud, era el modelo de todas las jovencitas que con ella vivían, y sus gracias celestiales revelaban ya la muger escelsa y sublime, en la que se debían obrar todas las maravillas de la redención. Allí es tradición piadosa que hizo la primera voto de virginidad perpétua y de no admitir esposo terrenal, y en esto mismo se aseguraba que en ella se había de encerrar aquel á quien los mismos cielos no pueden contener.

Efectivamente, entre tantas mugeres como eran entonces estimadas y acatadas, en el mundo, entre todas las que habían nacido en los pasados siglos y habían de nacer en los siglos venideros, solo Maria es bendita entre todas las mugeres, y solo de esta muger humilde y desconocida del mundo, quiso nacer el rey del cielo, haciéndose de señor esclavo, y revistiéndose de la condición humana para manifestar

el amor que á los hombres tenia. A esta pura y recatada doncella, envió el ángel Gabriel para que la anunciase el asombroso misterio y solicitase su consentimiento, á ella, la escogida entre todas las mugeres.

Pero no la escogió el Señor á Maria solo para que fuese madre suya, la escogió tambien para nuestra protectora y abogada, y para que por su me-

diacion hallásemos misericordia ante el trono de la divina justicia. Ella debe ser nuestra guia y soberana, y en ella se deben cifrar todas las esperanzas y consuelos en medio de las penalidades de la vida. Acudid, niños, á ella, pues solo por su intercesion podreis cumplir la voluntad de Dios.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

ERVIGIO.—EGICA,



XVI.

Hemos manifestado en el capítulo anterior que Ervigio ciñó la corona goda, y que para ello se valió de manas poco nobles y decorosas; sabia que muchos de sus súbditos no desconocian sus tramas anteriores para sentarse en el trono, y dió en pensar consecuencias nada favorables á su causa. Estas y otras razones le movieron particularmente á destruir á sus enemigos cifrando todo su empeño en aparecer indulgente y sábio, para que los descontentos no echasen de menos al antecesor monarca. Siguiendo la misma senda de otros reyes, quiso encubrir su falta con la capa de la religion, y con este intento convocó un concilio en Toledo, cuya principal tarea fué la de probar la legitimidad del nombramiento hecho por Wamba en la persona de Ervigio.

No obstante, á pesar de todo, la mayoría del pueblo seguia adicta al monarca antecesor, y los ánimos cada dia mas dispuestos á una espantosa rebelion; no pudieron mirar con sangre fria una diadema colocada en las sienes de un usurpador, y Ervigio,

conociendo el riesgo en que se encontraba su dudosa monarquía, antes de llamar en su auxilio al rigor, recurrió á un arbitrio, á mas de ingenioso, plausible hasta cierto punto. Dispuso que tragesen á su presencia á Egica, hermano de Wamba, con el cual queria tratar asuntos de la mayor importancia. Acudió Egica solícito y presuroso, y en viéndose delante de Ervigio le saludó como á soberano, y preguntóle seguidamente le manifestase cuanto antes el objeto de su venida.

Recibióle el soberano con aparente afabilidad, y hasta llegó al extremo de abrazarle, demostracion afectuosa, que supo fingir cautelosamente, pues cuentan que Ervigio era en cierto modo de condicion hipócrita, y que sabia cautivar con ademanes y palabras de amistad á las personas que mas aborrecia, cualidad de la cual no están exentos la mayor parte de las personas elevadas que tienen por costumbre habitar ó frecuentar los palacios.

Tenia de antemano preparado un opíparo banquete, y Ervigio ofreció en él un asiento á Egica, quien aceptó desde luego. Terminado el convite se separó Ervigio de los nobles convidados para encerrarse con Egica en una habitacion, donde sentados frente á frente se espresaron ambos personajes del siguiente modo:

—Deseo que me digas, observó Egi-

ca, la causa de tus misteriosas demostraciones.

—¿No la adivinas? preguntó Ervigio sonriendo.

—No por mi vida, respondió Egica algo sospechoso.

—Pues escucha, añadió el rey. Eres hermano del monge Wamba, y no quiero que la persona que me suceda en el trono manche con baldones la memoria de mi reinado, ni empañe el lustre de mi familia. En este supuesto

he pensado enlazarte á mi linage dándote á mi hija Cijilona por esposa, y nombrándote presunto sucesor del cetro de los godos.

A estas palabras se animó el semblante de Egica, y despues de varios diálogos terminó la cuestion, y el hermano de Wamba accedió gustoso á lo que Ervigio le proponia. Este y el presunto monarca se dieron las manos, y en seguida pasaron á otro recinto lujosamente decorado, donde hallaron



CIJILONA, HE / QUI A TU ESPOSO.

á la princesa Cijilona rodeada de sus damas de honor, y luciendo los extraordinarios adornos de su persona, con los cuales realzaba mas y mas sus singulares atractivos. Saludóla Egica con el mayor respeto, y Ervigio, tomando á su hija de la mano, la presentó á su futuro diciendo:

—Cijilona, he aquí á tu esposo.

Cijilona bajó los ojos, pero tácitamente espresó luego su asentimiento, pues

Egica tenia hermosa presencia, buen decir y afables maneras, cuyas cualidades no pudieron menos de agradar á la princesa.

A consecuencia de esta entrevista se solemnizó despues el matrimonio con toda la pompa que debe necesariamente acompañar á los actos de esta especie, y muerto Ervigio, la corona de los godos vino á ceñir las sienes de Egica.

La gratitud no suele ser la prenda que mas recomienda á los monarcas, y por eso el nuevo soberano, luego que se vió nombrado rey, en todo pensó menos en cumplir el principal ofrecimiento que hizo á su antecesor. Presentóse desde luego enemigo á la memoria de su suegro, poniendo todo su conato en los medios que emplearia para vengarse de la injuria hecha á su hermano Wamba, del cual es fama que habia recibido instrucciones análogas á la conducta que observó, pues conservaba una carta de Wamba escrita en este tenor:

«Será posible, hermano mio, muy querido, que olvides las arterias de Ervigio para usurparme la corona? Echa una mirada sobre tu viejo hermano y le verás encerrado en un claustro, ciñendo un tosco sayal de monge sin vocacion alguna para los frecuentes ejercicios de piedad que impone la rigidez del estado eclesiástico. Ofendido estoy como hombre, como caballero y como rey... y mientras tanto, el hermano que vengarme debería, desoye la voz de la naturaleza, y une á mi noble estirpe un vástago del traidor que me condujo á la desgracia. No hay remedio en lo ejecutado, pero puede haberle en lo venidero; sé rey cuando llegue el caso, segun te lo han prometido, pero al poner la planta en el solio, sea tu primer cuidado vengar al viejo Wamba, si es que pretendes dulcificar los pocos años que le quedan de vida á tu hermano que se titula el monge sin vocacion.»

Egica guardó silencio, y en su memoria las reconvenções y preceptos de Wamba, prometiendo interiormente cumplirlos cuando viesse para ello ocasion oportuna. Hemos dicho que se casó, que heredó la corona de su suegro, y ahora resta decir, que logrado el objeto de su ambicion, repudió á su esposa, de la cual habia tenido ya un hijo llamado Witiza, y castigó severamente á todo el que desde entonces se manifestó parcial del monarca antecesor. Este proceder de Egica prueba hasta cierto punto, si no la traicion de Ervigio contra Wamba, al menos que

se tenia sospecha de haberla ejecutado; pero de cualquier modo que sea su condicion rencorosa, y el escandaloso acto de repudiar á Cijlona, son procedimientos harto vituperables, y que merecen la mas áspera censura del historiador, aun cuando procurase dicho rey oscurecer esta mancha con la prudencia y buen fino con que gobernó los destinos de la España goda.

La manifiesta ingratitud del monarca produjo la indignacion de muchos de sus vasallos, y este natural descontento trajo en pos de sí la rebelion. Con efecto, ya hacia seis años que Egica gobernaba con singular acierto, mas esto no le evitó que estallase una sublevacion contra su corona, que dilatandose por la Galia gótica, puso en grave peligro su monarquía. El autor principal de estos actos de rebeldia lo era Siseberto, arzobispo de Toledo, parcial, y aun hay quien diga, que pariente del rey difunto; pero fué descubierto el origen de la trama, derrotados los insurgentes, y el arzobispo puesto á disposicion de un concilio nacional, el que inmediatamente despojó de sus insignias eclesiásticas, le escomulgó, y le impuso el mismo castigo que á los otros cómplices de tamaña conspiracion.

De resultados de esta misma, tuvo tres combates con los francos, pero desgraciadamente el rey godo no alcanzó victoria alguna en estas lides, pues siempre los godos llevaron lo peor en la contienda.

A pesar de tantos trastornos, no pararon aqui las conspiraciones, pues los judios, que seguan morando en España, no obstante la severidad de las leyes contra los de su fé, intentaron unirse á sus hermanos de Africa para derrocar el poder de los godos, y mandar ellos como exclusivos señores.

Descubiertos por Egica los secretos conciliábulos de estos infieles, castigó en el momento á muchos de los conspiradores, y se apresuró á juntar en Toledo otro concilio, que promulgó al instante penas muy severas contra los culpados.

«Serán perpetuamente esclavos, decía el canon, los judios bautizados, si llega á saberse que son relapsos ó

conspiradores. Los hijos de estos, al cumplir los siete años, serán arrebatados de la casa paterna, y educados bajo la dirección de los verdaderos cristianos.»

Este mismo concilio fundó una ley llamada de amparo para la reina Cijilona y sus hijos, en caso de que el monarca falleciese, aun cuando hacia tiempo que, como mas arriba digimos, estaba repudiada.

En 697, Egica, con evidentes deseos de perpetuar la suprema potestad en su familia, se afaná cuanto pudo en conseguirlo como sus antecesores, y para el efecto llamó á su hijo Witiza, y le dijo estas palabras:

—Hijo mio, soy viejo, y mi fin está cercano. Tus pocos años son causa de mis pesares.

—¿Per qué, padre mio? preguntó Witiza.

—Porque pretendo nombrarte sucesor de mi corona, y los parciales de Ervigio invalidarían mi nombramiento si no conociesen en tí á un rey digno de mandar á los godos. Desde este momento pudiera nombrarte mi compañero en el gobierno de la monarquía, y de esta manera iría poco á poco acostumbrando á mis súbditos á la obediencia, pero tu corta edad me asusta, y preveo que no serás buen rey.

—Vuestro presentimiento, padre, me admira. ¿Veis en mí, por ventura, á un ente vicioso, negligente, cruel ó avariento? Me direis que tengo poca esperiencia; mas esto puede remediarse, si reinando en la apariencia me someto á vuestros consejos y á vuestras inspiraciones. Con semejante escuela aprenderé á mandar, y el tiempo y los buenos ejemplos harán de Witiza el digno sucesor de Egica.

Este razonamiento, puesto en boca del jóven príncipe, dejó estupefacto al rey, quien se apresuró á estrechar á su hijo contra su seno exclamando:

—Bien, hijo querido: no son otros mis deseos, y la respuesta que acabas de darme me da la íntima convicción

de que serás un excelente monarca.

Sin perder tiempo reunió Egica en consejo privado á los nobles principales de su corte, y en un largo y bien meditado discurso, hizo presente á todos aquellos caballeros su deseo, suponiendo que sus muchos años y lo pesada que era la carga de la monarquía, le obligaban á buscar un digno compañero en el trono... «¿Y quién mejor que el príncipe Witiza, añadió, puede compartir conmigo el cetro de los godos? No os asusten sus pocos años, pues el tiempo os hará ver su prudencia, su buen acierto, lo sano de sus principios, y las aventajadas disposiciones que posee, no obstante su juventud.»

Pocos nobles se opusieron á la determinación del rey; triunfó la mayoría, y Witiza fué declarado y proclamado rey en compañía de su padre.

Fuérte encomendado el gobierno de la Galla, y en su consecuencia estableció su corte en Tuy, y de aquí indudablemente procede, que hasta la muerte de Egica llevasen las monedas del reino dos efigies juntas con el lema *Concordia Regni*. Witiza, mientras vivió su padre, no desmintió con su conducta los buenos presentimientos que de él se tuvieron, pues gobernó con tino y prudencia.

Pero en 701 llegó la última hora de Egica, que falleció en Toledo, dejando una reputación dudosa, puesto que unos escritores le pintan como un modelo de reyes, y otros como un verdadero tirano, si bien, dice un historiador moderno, al parecer la justicia en este caso presente, como en la mayor parte de cuantos ocurren, está en aquellos que miran á pintar por su lado mas feo la naturaleza humana.»

En el capítulo siguiente hablaremos de Witiza, de este penúltimo monarca de los godos, cuyos hechos han ocupado tanto á nuestros antiguos y modernos historiadores.

I. A. BERMEJO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LOS DIGES INFANTILES

DE LA HIGA, ASTA DE CIERVO, ETC., Y DE
SU ORIGEN Y PRÁCTICAS SUPERSTICIOSAS
CONTRA EL MAL DE OJO Y DE LOS JU-
GUETES PUERILES, DE LAS SONAJAS,
PAJARILLOS, Y OTROS.

Una HIGA de marfil
Te librará del mal de ojo;
Póntela que andan las brujas
Mengá, por entre cerrojos.
De ASTA aguzada de ciervo
Cuelgate DIGE del morro,
Y reza al ÁNIMA-SOLA
Que anda muy suelto el demonio.
No olvidéis los EVANGELIOS,
Y síte acomete el COCO,
Toca, niña, las SONAJAS,
Que irá a cunarle por bobo.

(VARGAS CASTELLANOS.)

La superstición es por desgracia patrimonio del hombre, y así es que desde que nació se le sella, por decirlo así, con ella, á fin de que crezca con tan perjudicial compañera y la tome afición. He aquí el motivo de lo difícil que es aun al hombre ilustrado emanciparse de la superstición y librarse de su tiranía, pues que cuanto se imprime en la débil hora de la infancia, adquiere tal solidez, que no es fácil su destrucción. Como esto sea una verdad sin réplica razonada, he aquí la necesidad de que los tutores de la infancia, y en particular las madres, sean instruidas y conocedoras de la buena doctrina religiosa, porque siéndolo, guiarán á sus pequeños por la verdadera senda del bien, á fin de que siendo buenos cristianos y honrados ciudadanos, se hallen libres de la superstición que martiriza el alma de aquel que tuvo la desgracia de haberse educado bajo sus poderosas, á la par que dañinas influencias.

El sello supersticioso con que de muy antiguo se ofende á la razón y aun á la religión, son algunos de esos diges que se cuelgan á los niños desde que nacen, costumbre importada de los gentiles por los cristianos, y en la que desgraciadamente estamos en posesión, aun en el siglo llamado ilustrado en que vivimos, en el que se mezcla con bastante frecuencia, lo supersticioso con lo religioso, ofendiendo á la magestad del mismo Dios con interpretaciones erróneas, y asociando ideas y prácticas cristianas con las gentílicas mas groseras, por la ignorancia de la santidad de las unas y del mal origen de las otras. Dejando nosotros á los moralistas y á los teólogos el combatir este perjudicial abuso y el proponer los medios de remediarle, entraremos á explicar el principio de los llamados diges infantiles.

Derivase el origen de nuestros diges infantiles de las llamadas *nóminas* ó *bollas* que colgaban los romanos al cuello de sus hijos. Dice *Theofrasto Crescio*, según *Casaubono* (in *Eunnuco* acto sexto), que un hijo de *Tarquino Prisco* mató siendo niño á un enemigo en una batalla, por cuya hazaña le dió el senado un corazón de oro que le colgó al cuello con un cordón, á fin de que viéndosele puesto los demás muchachos, entendiesen que aquel niño tenía ya el corazón de un valiente. Los que conceden mayor antigüedad á las *nóminas* dicen que *Pitágoras* las enseñó ya á su discípulo *Lucracon el Etrusco*, y á este se refiere *Macrobio*, que también las tiene por mas antiguas cuando dice: *Ut bullam inspicientes, illa demum se homines cogitarent esse, si corde præstarent.*

Dice *Marco Julio* (in *Verinis*) que la *bolla* ó *nómina* la usaban solo los niños nobles como simbolo del consejo

y de la verdad, consideracion que entonces no se concedia á los plebeyos. Ademas de ser insignia de honor la bolla, servia tambien entre los romanos, para conocerles por ella cuando se perdian, como se ve por la comedia Cistellaria de Plauto, y tal vez seria por esta causa por la que se concedió llevar la bolla tambien á los *libertos*, siempre que no fuera de oro ó de plata, metales solo permitidos usar á los nobles. Cuando los muchachos cumplian catorce años, colgaban las bollas á los *dioses Lares* manifestando en este hecho, que entraba en la edad varonil, del propio modo que lo hacian las muchachas en el templo de Venus con sus muñecas, segun lo que dijimos en nuestro artículo sobre las muñecas, y á esto se refiere *Persio* cuando dice:

Bulla que succintis laribus donato pependit.

Hasta aquí vemos la bolla, que es la que ha dado origen á los diges, como un signo infantil simbólico del honor, de la nobleza y de la edad; empero como la supersticion se aprovecha de todo para sujetar á los hombres en su yugo fatal, no tardó en apoderarse de ella para convertirla en talisman prodigioso en la apariencia, y en agudo garfio con que sujetarles á su carro, para que la llevasen en triunfo desde su nacimiento. A fin de afianzar la supersticion mas su imperio, se entronizó sobre las cuadrigas de triunfo, y asiéndose al cuello de los héroes, colocó en él la bolla, no ya como un objeto noble y de grandeza, sino como la marca de su miseria y de su imbecilidad, como si el cielo quisiera poner cerca de la corona de laurel, que acreditaba el valor de su brazo y su soberbia, el signo que manifestase la debilidad de su espíritu y la ignorancia que le rodeaba, asi como la ojarasca de los vanos honores, que son humo que se disipa al menor soplo del viento; con el emblema del temor futuro que al través del oropel de la grandeza, se dejaba columbrar por mil quimeras y fantasmas que recordaban la nada de su ser, y lo fátuo

de aquella mentida gloria. En efecto, segun sabemos por la historia romana, llevaban los triunfadores cuando se presentaban en su carroza triunfal, bollas ó nóminas de oro colgadas al cuello, porque creian que les servian de prodigiosos talismanes para librarse de los males que podia causarles la envidia en tan elevado puesto. De los triunfadores descendió la costumbre á los magnates que quisieron ponerse á cubierto de los tiros de sus victimas concediendo al vil metal propiedades divinas, y pasando despues por gerarquias hasta el pueblo, que en último caso, se apodera siempre de las costumbres de los señores por estrañas que sean, para perpetuar su parte mas estravagante, ridicula y perjudicial, vino al fin la bolla supersticiosa á convertirse en dige talismánico de los niños, que es como hoy se conserva bajo distintas formas.

Una de las mas comunes, es la manecilla cerrada de oro, plata, marfil ó hueso, que aun hoy vemos colgada al cuello de los niños por dige, á la que llaman *higa*, cuya figura enseñan los supersticiosos á las madres poco instruidas, que llevándola los niños, se libran de que las brujas ó personas de dañina vista, cuya existencia afirman, les haga *mal de ojo*; especie de hechizo que aseguran introduce una especie de calenturilla lenta, que va consumiendo á los niños, manteniéndoles enfermizos, y que acaba por causarles la muerte, despues de destigurarles horriblemente. Parece imposible que en el siglo XIX haya aun quien crea estas paradojas, pero por desgracia son tantos los crédulos, que en la multitud de vivientes podrian contarse por lo raras, las personas ilustradas hasta la incredulidad sobre este particular, en el que España, á pesar de todo, está mas avanzada que sus vecinas, porque es mas corto el número de creyentes.

El origen de la *higa* ó manecilla se deriva de un objeto menos decente, que fué el que sucedió á la bolla supersticiosa de los romanos, los cuales colgaban á los niños, para librarse del *mal de ojo*, un dige que figuraba la

parte pudenda varonil; amuleto de que se ven en varios metales, algunos en los museos, entre los que el de Antigüedades de Madrid posee uno en bronce. Martin del Rio en sus *Desquisiciones mágicas*, libro III, dice: que para evitar aquella deshonestidad cambiaron los modernos la figura del amuleto en la de la mano haciendo la *higa*, á la que concedieron las virtudes espresadas.

Si bien el uso de la higa por amuleto contra la fascinación ó la envidia pudo introducirse en España en los últimos tiempos de los romanos, creemos que el *priapico*, signo que la dió origen, sería el mas usado porque lo fué de aquellos conquistadores, al menos hasta la irrupción de los visigodos, que ya enemigos de los gentiles, perseguirían esta costumbre pagana como otras muchas; y es nuestra opinión, que el uso de la higa se introduciría mas bien en nuestra península por los árabes en la larga época de su dominación, en atención á que en el día la usan los mahometanos persuadidos de que tiene las mismas virtudes que la concedieron los antiguos idólatras.

El Diccionario de la lengua castellana de nuestra real Academia, haciéndose cargo de la voz *higa*, la define diciendo: «Amuleto con que vanamente se persuadian los gentiles que se libraban del fascino y mal de ojo, y apartaba de sí los males que podían hacer los envidiosos, cuando miraban á las personas ó á las cosas. La figura era de una mano, cerrado el puño, mostrando el dedo pulgar por entre el dedo índice y el de en medio. La significación y representación de la figura es de cosa torpísima y estaba dedicada á Priapo. Suelen, no obstante, ponerla entre otros diges á los niños en España. La etimología parece es del verbo griego *goitevo*, que vale fascinar ó encantar, de que se compuso con la particula primitiva *a* el nombre *agoiteutos*, que significa el que no puede ser fascinado. Nieremberg, en su filosofía, libro I, cap. 45, dice que la *higa* que traen los niños es indigna de que la usen los cristianos, porque su ori-

gen es supersticioso, sucio y abominable.» Por razon de su mal origen, está mirada como torpe y fea acción el hacer la higa cuando se quiere despreciar á alguna persona, costumbre de mal género tambien importada de los moros, que la usan mucho las gentes de mala ó descuidada educación en nuestro pueblo.

Ademas de la higa, que ya va desterrándose del cuello de los niños, suele de muy antiguo colgárseles tambien una punta de *asta de hierro* engarzada en plata, á la que dan las viejas ignorantes la propia significación que á aquella; y tampoco es moderno este uso, puesto que leemos en *Julio Polux*, que ya la usaban los romanos con el propio fin supersticioso.

Sumamente religiosos los españoles, no quisieron que las simbólicas higas y cuernecillos fuesen los únicos diges de sus hijos, y así es, que con tan malos compañeros aumentaron su collar infantil con porción de relicarios de imágenes de nuestros santos, sus reliquias, y particularmente de las denominadas *Agnus Dei*, de que de muy antiguo han provisto los papas al mundo católico. Entre la multitud de diges de esta clase de que aun se hace uso en España, debemos contar un librito en miniatura de los *Santos Evangelios*, el cual se lleva dentro de una bolsita de seda que se cuelga de la faja ó ceñidor de los niños, cuyas bolsitas hacen con mucho primor generalmente las monjas. Si nos parece muy bien que se ponga á los niños el Evangelio como el principal escudo á favor del que han de salvarse, para que se connaturalicen con tan santa doctrina, y con tan fuerte arma para combatir al enemigo de nuestra eterna salud, no podemos menos de condenar la supersticiosa oración llamada por los supersticiosos del *Anima Sola*, la que aseguran los ignorantes que quien la lleve consigo escrita y la rece, no morirá en agua, ni en fuego ni de muerte repentina, aprension que, segun Luciano en sus Saturnales, tuvieron ya los romanos con otra oración fúnebre, de la que se

habrá originado esta, que se halla justamente prohibida y condenada por supersticiosa.

En la inteligencia de que Dios vela sobre sus ángeles en la tierra, y de que todo talisman es una quimera, porque solo á Dios están reservadas las virtudes que se les atribuyen, somos de opinion de que debiera prohibirse con graves penas civiles, pues que ya las hay canónicas, llevar en publico á los niños todo dige que pueda inducir á error, y á mantener la supersticion á fin de que fuera de las alimañas con que se rodea al hombre desde la cuna, pudiera quedar mas apto para recibir la ilustracion necesaria á su bien, al de su patria, y al mejor servicio de Dios, á quien se ofende con esas prácticas, y al acrecentamiento de la verdadera religion del Crucificado, nuestra luz.

Cuéntanse entre los diges porcion de jueguecillos infantiles denominados así por ser los primeros que se ponen en la mano de los niños aun en la cuna, á fin de que se entretengan y hagan algun ejercicio para ir dando elasticidad á sus tiernos bracitos. Esta clase de diges ó juguetes pueriles fueron llamados por los romanos *crepundia*, *crepitacula* ó *crepando*, contándose en este género los adufillos ó sonajas mencionados por Marcial. Lucrecio, Arnobio contra los gentiles, y Tertuliano contra los judios. Los espresados adufillos no eran otra cosa que los panderillos, ó tamborcitos con que hacen ruido los niños, metiéndoles arena entre el aro de madera y los dos parches templados de que se componen, especie de sonajero que todavia tenemos en uso.

Las sonajas y sonajeros han conservado su nombre antiguo español, y aun su primitiva figura, siendo la mas comun la del sistro egipcio, instrumento con que se acompañaban los cánticos sagrados en las festividades isiacas, ó sea en los dias consagrados á los dioses Isis y Osiris, divinidades tutelares y de primer orden de los idólatras habitantes del Nilo. Plauto, en el acto cuarto de la comedia *Rudente*, hace mencion de varios ju-

guetes de los niños de su tiempo, como espaditas, manecillas y otros, á los que denominó *crepitáculos monumenta*, y ciertamente que no se olvidó de mencionar los sonajeros como uno de los diges ó juguetes que se ponía en las manos de los niños en la cuna.

En los antiguos tiempos, si bien los sonajeros que hemos descrito como adufillos, fueron siempre juguete pueril, las sonajas se tuvo como instrumento rústico, del que se valian los aldeanos, á imitacion de los egipcios, para acompañar sus cantos y bailes, y así se ve por los romances antiguos españoles, particularmente en uno citado en el Diccionario de nuestra lengua, en la voz *sonajas*, que dice:

Heridos de amor con ellas
Iban Pascual y Lorenzo;
Las sonajas lleva el uno,
Y el otro lleva el pandero.

Aun hoy se ven las sonajas por adornos y para armonia en los panderos y panderetas, alternando con los cascabeles, y tambien solas, para hacer sonos de bailes agrestes populares, pero por lo general este instrumento es ya patrimonio de los niños en el albor de su infancia.

Otra porcion de diges y juguetes de cuna podriamos citar de origen antiguo, cuyo uso se conserva aun como el *tamedor* y *rosca* de marfil ó de hueso que se pone á los niños para que llevándosela á la boca faciliten el arroje de la ardiente babilla y la denticion al apretar en ella las encías, cuyo origen le hallamos ya entre los romanos primitivos; pero nos bastan los espresados para manifestar que no son modernos estos instrumentos infantiles, y que solo pueden tolerarse cuando se les ponga á los niños para que les sirva de entretenimiento ó para el objeto indicado en estos últimos, y de manera alguna cuando se les atribuyan virtudes supersticiosas.

Entre los diges infantiles mas usados en algunos pueblos por lo mucho que divierte á los niños en la cuna, se cuenta un pajarito de madera, marfil ó hueso, que les recuerda los verdade-

ros á cuya vista se alegran mucho cuando les ven revolotear dentro de una jaula. Dice Plauto que este juego y diversion tan natural en los niños era propio de los nobles patricios romanos, y que estos le tuvieron como divertimento infantil; lo confirma el poeta Ovidio en sus *Metamorfosis* aludiendo á la estatua de Pigmaleon, en Catulo, que lloró la muerte del pajarillo de su querida Lesbia, y aun mas Arnobio que halló á los pájaros entretenimiento muy á propósito para callar á los niños, comparando San Agustín esta niñería á lo que pasa en el mundo con los hombres.

Quisiéramos terminar este artículo

con la multitud de ideas que nos ha sugerido el recuerdo de los días que nos divertieron en la infancia y que hoy divierten á nuestros hijos, pero no permitiéndolo los cortos límites á que tenemos que circunscribirnos, solo repetiremos á las madres, que no crean las patrañas de los ignorantes que quieren medrar á su costa mintiendo las virtudes de que carecen la llamada *higa*, el asta de ciervo, y otras alimañas, teniendo entendido que solo deben esperar de Dios nuestro bien, y de su cuidado y celo maternal, la salud y prosperidad de sus pequeños.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EUSTAQUIA.

(CONTINUACION.)

IV.

Al día siguiente salió Eustaquia del bosque y comenzó á recorrer el parque donde se hallaba; el silencio mas solemne reinaba en esta comarca, y exaltando su imaginacion esta soledad, no le sujeria mas que pensamientos tristes, y el porvenir se presentaba á sus ojos de la manera mas sombría. Los afortunados días que habia pasado en el castillo de su padre se reproducian enérgicamente en su imaginacion; y la hacian sentir mas vivamente el horror de su situacion. En estas desgraciadas circunstancias resolvió aproximarse al Vesubio, sabiendo que esta célebre montaña era á menudo visitada por gentes curiosas; no poseyendo nada en el mundo se vió precisada á coger frutas para no morir de hambre, pero poniendo su confianza

en el Señor, al cual adoraba de todo corazon, y respetaba sus decretos con la mayor humildad.

Después de haber andado errante muchas horas por aquellas campiñas cercanas, se sentó triste y pensativa al pié de un árbol, y creyó en este momento oír el sonido de una voz que repetia una cancion popular; se levanta, duplica su atencion y conoce que no se habia equivocado. Dirigese en seguida al parage donde presumia hallar á la persona que cantaba, y en la pendiente de una verde colina distingue un rebaño de carneros.

¡Qué felicidad!, exclamó; este rebaño le guarda sin duda la persona cuya voz acabo de escuchar: es preciso que yo me asegure de ello, pues tal vez hallaré aqui algun socorro.

Anduvo algunos pasos mas y descubrió á una joven que tenia casi su misma edad, sentada al pié de una roca, é hilando lino. Eustaquia, enagenada de gozo se acercó á la joven pastora, la saluda y la pide pan y un asilo. Paulina (este era el nombre de la pastora), la cogió de la mano, y la

dijo con tono dulce, que sus padres no eran ricos, pero que no la negarian lo que pedia. La presentó en seguida un pedazo de pan y algunos dátiles, y la suplicó que se lo comiese todo. Una lágrima vino á humedecer este alimento, pues en aquel instante la hija de Almaro se acordó de la abundancia que habia disfrutado en la casa paternal; se avergonzaba de verse obligada á pedir limosna á una pobre pastora. Cuando concluyó de comer, dijo á Paulina:

—Amable niña, Dios os premiará este acto de caridad que acabais de ejercer conmigo. Jesucristo ha dicho en su Evangelio, que miraria como un beneficio hecho á él el que se hiciese al último de los suyos.

—¡Ah! no me deis gracias, le respondió Paulina, interrumpiéndola, lo poco que os he dado, no vale la pena; y ademas, ¿hay una felicidad mayor en la tierra, que la de dividir con los desgraciados los dones que el Señor nos concede? ¿No estamos todos obligados á lo mismo en calidad de cristianos? ¿La ley suprema de nuestra religion, no es la caridad? Luego que hayais conocido á mis padres, vereis que ellos tambien son fieles en practicar esta hermosa ley; tengo un padre que es el modelo de todas las virtudes; mi madre no cede tampoco en caridad á las mejores vecinas de esta comarca. Con que así, tranquilizaos; ya encontrareis en nuestra cabaña, pan, leche, queso y un sitio donde acostaros: Dios proveerá lo demas.

—Os doy infinitas gracias por la caridad que me demostrais, respondió Eustaquia con emocion; si, yo espero que Dios continuará protegiéndome: me ha dado ya tantas pruebas de su amor! Sin él, ya hubiera sucumbido hace mucho tiempo al exceso de mi dolor.

Las dos jóvenes estuvieron mucho tiempo juntas, y mientras mas se conocian, mas dispuestas se encontraban á amarse. Paulina estrechó á Eustaquia contra su corazon, la llamó su hermana, y se alegró mucho de haber hallado una compañera tan amable.

Sin embargo, el sol alumbraba el

Vesubio con sus últimos rayos que se elevaba en el horizonte como un soberbio gigante. Paulina reunió sus carneros: su rebaño dócil á su voz, tomó lentamente el camino hacia la aldea, custodiado por un perro, que corria incesantemente en derredor de las tímidas ovejas para impedir que se separasen.

La aldea estaba situada detrás de un pequeño bosque y rodeada de vistosas matas; Paulina cogió algunas flores campestres, entró en el bosque, se paró delante de un sepulcro, sobre el cual estaba plantado un ciprés y á su lado una pequeña cruz; depositó las flores sobre la tumba, se prosternó al pié de la cruz y recitó algunas palabras por la salvacion del alma de la difunta cuyos mortales despojos reposaban en aquel lugar. Eustaquia se acercó á su amiga, rezó tambien, y preguntó en seguida quién era la persona sepultada en aquel sitio.

—Hace algunos años, le contestó Paulina, que se presentó en nuestra aldea, una muger desconocida. Pidió asilo á mis padres, quienes la recogieron con bondad. Su semblante era estremadamente dulce, mas un negro pesar la consumia; sin embargo, soportó con grande resignacion sus desgracias, y hablaba de Dios, con una uncion que llegaba al corazon. A menudo nos decia que era la mas desgraciada de las criaturas.

A estas palabras, Eustaquia derramó un torrente de lágrimas, pues le vino á la memoria la muerte de su pobre madre; pero se consoló queriéndose persuadir que aquella muger podia ser otra persona y no su madre.

—Todos los habitantes de la aldea, continuó Paulina, concibieron amistad por ella, todos la amaban y tomaban parte en sus pesares. Su fé era viva y su piedad sincera. Por mas que la preguntamos jamás quiso manifestar la causa de sus pesares. Le gustaba mucho la soledad, y aunque su corazon experimentaba el mas violento dolor, nunca dejó escapar de sus labios una sola palabra de reconvencion ó de amargura contra los autores de sus males.

Con frecuencia venia á este sitio para rezar; yo la sorprendi muchas veces derramando lágrimas y pronunciando los nombres de Almaro, de Camila, de Francisco y de Eustaquia; este último nombre que tan á menudo salia de su boca, os hace mas querida á mi corazon, porque os llamais así:

Esto fué ya demasiado para la pobre Eustaquia, que lanzó gritos despedazadores. Paulina, sorprendida, se acercó y la preguntó lo que tenia; Eustaquia cayó en sus brazos sin poder pronunciar una palabra.

Al fin se repuso y abrió los ojos y dijo á Paulina:

—¡Ha muerto, y yo la he perdido para siempre!

Comprendiendo Paulina que la difunta podia ser la madre de Eustaquia hizo que esta se sentara en tierra y á su lado, y la abrazó con una ternura que probaba la parte que tomaba en las penas de su amiga, y la dijo al fin:

—Si, hermana mia, ha muerto, pero vive en el cielo; solo su cuerpo está aquí, y su alma inmortal goza de la felicidad eterna. Quiso ser enterrada en este sitio que regó con sus lágrimas. Ha muerto el año pasado por la primavera; todos la reverenciaban como á una santa, todos la lloraron; mi hermano la queria como á una madre, y plantó este ciprés sobre su tumba é hizo la cruz que mirais. Todas las semanas vengo muchas veces á este sitio para arrojar flores sobre su tumba y rogar por aquella escelente muger á la cual debo tanto.

Palida como la muerte y apoyada sobre el brazo de Paulina, Eustaquia tomó el camino de la aldea silenciosamente. Los parientes de la jóven pastora, habiendo sido instruidos en pocas palabras de todo lo que Paulina sabia concerniente á la jóven, dieron á Eustaquia la mas caritativa hospitalidad y procuraron reanimar su confianza; pero el corazon de esta estaba cruelmente herido para que pudiese consolarse. Se sentó llena de tristeza en una silla, con la vista estraviada y sin pronunciar una palabra. Paulina creyendo que la desconsolada jóven estaba un poco trastornada, pasó á un

apuesto inmediato, y al instante volvió trayendo un cuadro que enseñó á Eustaquia diciendo:

—Mirad, querida mia; he aquí un recuerdo de esta muger desgraciada; me le dió el mismo día de su muerte, y yo le conservo como una reliquia.

Eustaquia lanzó una mirada sobre este retrato, y exclamó con el acento de la desesperacion

—¡Oh Dios mio, tened compasion de mí! ¡Virgen Santa, protegeme! yo muero; este retrato es el de mi pobre madre.

Y cayó desmayada en los brazos de Paulina, la que procuraba en vano volverla á la vida. Quedó sin conocimiento y presa de las mas horribles convulsiones durante una gran parte de la noche, y cuando por ultimo volvió en sí miró vagamente y con inquietud á todas las personas que la rodeaban, pareciendo ignorar cuanto le habia pasado. Se temió durante algunos dias que perdiese el sentido; sin embargo, se calmó un poco y recobró su tranquilidad; los buenos campesinos que la habian acogido le prestaron todos los cuidados mas imaginables, y un mes despues Eustaquia se encontró bien restablecida para poder dejar su cuarto y respirar el aire libre del campo.

Paulina dividia con ella su cuartito y la trataba como si fuese su hermana. No omitia nada de cuanto podia serla grato á su residencia en esta cabana, y siempre precedia á sus deseos. Estos cuidados multiplicados, estas atenciones delicadas produjeron los mas dichosos efectos; Eustaquia parecia volver poco á poco á la vida. Como una tierna flor que espuesta á los ardientes rayos del sol inclina su cabeza, pierde su brillo y su perfume hasta que al fin la onda refrigerante viene á reanimarla, lo mismo la hija de Almaro, despues de haber sido presa de las mas terribles pruebas, recobró un poco de tranquilidad.

Pero la infortunada no habia aun agotado el caliz de la amargura; penas mas grandes la esperaban todavia. Si parecian lucir para ella dias mas serenos, le estaba reservado un por-

venir de desgracias; el último golpe no había llegado.

V.

Para distraerla, Paulina la propuso un día que la acompañase á un valle encantador de las cercanías. Eustaquia cedió á sus deseos, y salió con ella. Ambas amigas se estasiaban observando las bellezas de la naturaleza que la hermosa Italia presenta con tanta profusión: despues de haber contemplado por espacio de muchas horas el espectáculo encantador de los sitios mas deliciosos, Eustaquia y Paulina se sentaron á la sombra de un árbol para comer algunos manjares campestres. Pasado algun tiempo, la hija de Almaro pareció estar menos tranquila; sus megillas se habian sonrosado, y el sentimiento de sus penas, parecia suspendido por algunos instantes. A su regreso pasaron por el pequeño bosque, visitaron la tumba de Camila, y recitaron algunas oraciones, y arrojaron flores.

Ya se aproximaban á la aldea, cuando un jóven llegó corriendo, y las preguntó si no habian perdido nada, y al mismo tiempo las enseñó un papel doblado en forma de carta.

Apenas lo examinó Eustaquia, cuando reconoció el escrito que el marqués Ricordamo la dió en la posada el dia despues de su fuga de la prision, y que la prohibió abriese antes que se lo mandara. Como este jóven habia roto el sobre, Eustaquia creyó poder leer aquel billete, y he aquí su contenido:

«¡Consolaos de la irreparable pérdida que acabais de hacer! Todos pasareis un dia á mejor vida. Buena é infelicitada Eustaquia, estas lineas os harán saber la nueva mas terrible, pero os suplico que modereis vuestro dolor, y mirad al cielo donde teneis un padre que vela por vosotros, y que nunca os abandonará. Almaro y Francisco no existen ya; gozan en el cielo de la felicidad que todo cristiano debe envidiar. Los hombres que debian libertarles de su prision fueron descubiertos, y vuestro padre y vuestro

hermano decapitados al punto. Llora á aquellas dos victimas del furor de infames perseguidores. Os repito, querida Eustaquia, que os consoleis, que esperéis en Dios, cuyo poderoso socorro no os faltará: ya encontrareis en la religion la fuerza necesaria para soportar esta desgracia, y la eternidad os recompensará mas tarde de los sacrificios que el Señor os ha pedido.—RICORDAMO.»

—¡Oh Dios! exclamó Eustaquia despues de haber terminado su lectura, y cayó sin conocimiento á los pies de Paulina. Esta, asustada, se apresuró á socorrerla, mas no pudiendo hallar ningun signo de vida, lanzó tremendos gritos y pidió socorro; nadie la oyó, y no la quedó otro recurso que correr á la aldea y anunciar la desgracia á sus parientes. A cierta distancia de la cabaña paterna encontró á su hermano, al cual refirió el incidente que acababa de suceder. Este jóven voló al momento al sitio donde estaba Eustaquia, á la que tomó en sus brazos, y á la que llevó á casa de sus padres; en seguida pasó á la aldea inmediata para llamar á un médico, y despues de muchas horas de ansiedad, Eustaquia volvió á la vida, pero la impresion que le habia hecho esta nueva fatal le hizo tal efecto, que su espíritu se turbó, y articuló palabras sin sentido. El médico, hombre hábil en su profesion, puso en práctica los medios que su ciencia le sugería para curarla, pero todo fué inútil; el delirio degeneró en frenesí; la pobre enferma rugía como un leon, y esclamaba en los momentos que la agitaban horribles convulsiones.

—¡Padre mio! ¡madre mia! ¡Francisco, hermano mio! ¿dónde estais?

Algunas veces su mirada era espantosa; se torcia las manos, lanzaba gritos de furor que helaban de espanto á todo el mundo.

Un dia apareció bastante tranquila, se durmió apaciblemente, cuando de repente despertó gritando:

—¡Francisco, Francisco, hermano mio, yo soy tu hermana Eustaquia. Se recogió un momento, y de nuevo lanzó estas exclamaciones:

—¡Oh, mi dulce Jesús! ¡tened compasión de él, protegedle; que le lleven al suplicio! ¡Detened á los verdugos! ¡No asesineis á mi padre... padre mio, ocultaos, que quieren mataros! ¡Y vos, madre mia! salid de vuestro sepulcro; mi padre y Francisco no cesan de llorar vuestra muerte; id á enjugar sus lágrimas; curad sus heridas. ¡Oh Dios! ¡Oh Jesús! Todo se ha perdido para siempre.—Y volvió á caer en un profundo desmayo. Luego variaron los objetos, y se presentaron á su imaginación ideas agradables.

Así pasaba los días, en una alternativa de calma y enagenamiento; por instantes recobraba su razón; reconocía su desgraciada posición, y pedía perdón á todas las personas á quienes hubiese atormentado. Otras veces se prosternaba á los pies de un crucifijo, derramaba lágrimas y rezaba con mucho fervor. Paulina la vigilaba incesantemente, esto es, tanto como sus ocupaciones la permitían, y observaba que hablándola de Dios se conseguía calmar sus agitaciones.

Todos los habitantes de la aldea, que no veían en ella mas que á la joven infortunada, hija de la enterrada en el bosque, tomaron gran parte en sus penas, y la llamaban la pobre huérfana. Especialmente los jóvenes la cuidaban mucho, la visitaban y procuraban distraerla haciéndola recorrer aquellos valles. Eustaquia cedió muchas veces á sus deseos y pareció volver á su razón. Pero una grande melancolía se apoderó entonces de ella; buscaba con preferencia la tumba del bosque, al lado del cual la sorprendieron muchas veces derramando lágrimas, y rogando al Señor la sacase de este destierro para reunirle en el cielo con su familia. El retrato de su madre, que le había dado Paulina, no dejaba de mirarle; le bañaba con sus lágrimas, y le estrechaba contra su corazón.

Un día se levantó muy temprano, era un hermoso día de primavera; se vistió como si fuese á la iglesia y se ausentó de aquella casa. Paulina y su padre que estaban trabajando, no la

vieron salir, y sólo lo advirtieron cuando ya estaba muy lejos: la buscaron por toda la aldea, preguntaron á todo el mundo, pero nadie supo dar razón. Asustados, recorrieron las cercanías, mas el hermano de Paulina recordando haber oído decir varias veces á la desgraciada, que un día visitaría el cráter del Vesuvio, y temeroso de que hubiera puesto en práctica su proyecto del que pudieran resultar funestas consecuencias, se dirigió á dicha montaña con algunos de sus amigos: con efecto llegaron al pie del volcán y distinguieron á Eustaquia que estaba tendida sin conocimiento al lado de una roca y con el retrato de su madre en la mano.

Contentos por haber hallado á la pobre joven, iban á llevarla á la aldea, cuando en este instante tres personas ricamente vestidas la rodearon y contemplaron las facciones de la huérfana marchitadas por el dolor, y que sin embargo parecían no ser desconocidas.

De pronto viendo el retrato que la infortunada oprimía contra su corazón, uno de los individuos exclamó:

—¡Gran Dios! ¿Qué veo...? ¡Este es



el retrato de mi madre, y esta joven es Eustaquia, mi pobre hermana!

Mientras que el joven pronunciaba estas palabras, Eustaquia volvió un

poco en sí, alzó los ojos, y conoció á las tres personas, á las cuales abrazó.

—¡Almaro, Francisco, Ricordamo! Esto fué lo que pudo decir; de nuevo dejó caer su cabeza y se desmayó en los brazos de su hermano; pero se notó en sus facciones un notable cambio, y su semblante volvió á

tomar un poco de su antigua dulzura.

Los tres que rodeaban á Eustaquia eran en efecto su padre, su hermano y el fiel marqués de Ricordamo. Se apresuraron á llevarla á la aldea y juntos penetraron en la cabaña del pastor.

(Se concluirá.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XIII.

MITOLOGIA.

(CONTINUACION.)

Teseo y Ariadna. Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, despues de haber matado al Minotaura, se salvó del laberinto donde este monstruo estaba encerrado, con el auxilio del peloton de hilo que le habia dado Ariadna, hija de Minos. Huyó al instante con su libertadora, pero olvidó en seguida el servicio que le habia hecho esta princesa y la abandonó en la isla de Naxos, en una playa desierta. Baco vino á consolarla de la infidelidad de Teseo, y la hizo el presente de una corona de oro, obra maestra de Vulcano. Despues de la muerte de Ariadna, esta corona fué colocada en el cielo, y vino á ser una constelacion.

Dédalo é Icaro. Dédalo, artista ateniense, el mas industrioso de su tiempo, construyó el famoso laberinto de Creta, pero fué la primera víctima de su invencion. Minos irritado porque habia favorecido los amores de Pasifae, le hizo encerrar en el laberinto con su hijo Icaro y Minotauro. Dédalo se hizo unas alas con cera y plumas de aves, las ató á sus espaldas y á las de su hijo, tomaron vuelo por medio de los aires, mas Icaro se ha-

bía aproximado demasiado al sol, la cera se deritió y cayó en el mar Egeo, donde se ahogó.

Filemon y Baucis. Júpiter bajo la figura humana acompañado de Mercurio, habiendo querido visitar la Frigia, fué rechazado por todos los habitantes, del barrio en el cual moraban; Filemon y Baucis, aunque muy pobres, fueron los únicos á quienes recibieron. Para recompensarlos, este dios mandó que le siguiesen á una elevada montaña; cuando llegaron á la cima, miraron hacia atrás y vieron todo el barrio y las cercanías sumergidos, excepto su pequeña cabaña que fué convertida en templo. Júpiter prometió á esta fiel pareja concederle lo que le pidieran; los esposos desearon solamente ser ministros de este templo, y de no morir el uno sin el otro, y sus deseos fueron cumplidos. Llegaron á la vejez mas estremada, y Filemon conoció que iba convirtiéndose en tilo, y Baucis se admiró de ver que Filemon se convertía en encina, y entonces se dieron la mas tierna despedida.

Eresichthon y Metra. Eresichthon, tesaliano, habiendo dañado un bosque consagrado á Ceres, fué castigado con una hambre tan horrible, que consumió todo su bien sin poder salvarse. Metra, su hija, para socorrerle imploró á Neptuno le concediese la virtud de trasformarse como Proteo.

Este dios que la habia amado en otro tiempo escuchó su ruego, y de esta manera pudo sostener a su padre algun tiempo, dejándose vender por él, y volviendo á tomar otra nueva forma luego que era vendida; pero habiendo sido descubierto este artificio, y Eresichthon, no encontrando ya medios de sostenerse, se devoró á sí mismo.

Galantis convertida en comadreja.—Mientras que Alcmena estaba con los dolores de parto, Juno llegó y se sentó á la puerta bajo la figura de una anciana, y abrazó sus rodillas pronun-

ciando palabras mágicas para impedir que fuese dichosa en su alumbramiento. Galantis, criada de Alcmena, sospechando algun misterio en esta posicion, comenzó á gritar con alegría que su ama habia parido. A semejan- te novedad se levanto Juno, y Alcmena no esperiméntó contratiempo. Juno para castigar á Galantis la metamor- foseó en comadreja.

Orfeo y Euridice. Orfeo, poeta y músico de Tracia, tocaba la lira con tanta perfeccion, que hasta las fieras se reunian á escucharle en su derre-



EURIDICE.

dor, y sus melodiosos conciertos suspendian el curso de las aguas. Su esposa Euridice, á quien amaba con delirio, habiendo muerto á causa de la mordedura de una serpiente, huyendo

las persecuciones de Aristeo, bajó á los infiernos y tocó allí su lira, por lo cual Pluton y Proserpina consintieron en devolvérsela, pero á condicion que no mirase atrás hasta que hubiesen salido

de la mansion infernal. No pudiendo resistir su impaciencia, en el mismo instante que salia por las puertas infernales, se volvió para ver si su querida Euridice le seguia, pero al momento desapareció. Despues de esta desgracia, ningun amor, ninguna belleza pudo conmover su corazon, y su indiferencia irritó tanto á las mugeres de Tracia, que le hicieron pedazos, dispersaron sus miembros y arrojaron su cabeza á las aguas. Las musas recogieron sus dispersados miembros y le consagraron honores funerales. Nada mas bello ni mas interesante que la historia de Orfeo en el cuarto libro de las Geórgicas; esta es sin disputa la obra maestra de Virgilio.

Atis convertido en pino. Atis, jóven frigio, fué apasionadamente amado por Cibeles. Esta diosa le encomendó el cuidado de los sacrificios que se le ofrecian á condicion que no violaria su voto de castidad. Atis, á pesar del juramento que habia hecho á Cibeles, se casó con la ninfa Sagarida: la diosa celosa le inspiró tal acceso de frenesi, que se mutiló á sí mismo y estuvo á punto de ahorcarse cuando Ceres compadecida le convirtió en pino.

Ciparis convertido en ciprés. Ciparis tenia un ciervo domesticado que mató por descuido. Lo sintió tanto, que quiso darse la muerte. Apolo que le amaba le metamorfoseó en ciprés, simbolo del dolor.

Jacinto. era hijo de Pierio y de Clío: Apolo y Céfiro le amaron apasionadamente. Céfiro se enfadó un dia tanto de verle jugar al tejo con Apolo, que arrojó el tejo á la cabeza de Jacinto y le mató. Apolo le convirtió en la flor que lleva su nombre.

Pigmaleon. Famoso escultor de la isla de Chipre, indignado contra la impureza de las mugeres de aquella isla que iban á prostituirse á orillas del mar, se adhirió al celibato. Venus para castigar su voto, hizo que se enamorase perdidamente de una estatua de marfil que él habia hecho: á fuerza de ruegos, obtuvo de la diosa que se animase aquella estatua, y en seguida se casó con el objeto de su

amor, y tuvo de ella un hijo llamado Pafos.

Adonis. Jóven célebre por su belleza, nació del incesto de Cinico, rey de Chipre, con su hija Mirra. Venus que le amaba con pasion, tuvo el dolor de verle matar por un jabali; pero ella le metamorfoseó en anémone. Los paganos consagraban con lamentaciones anuales el dia de su muerte. A esta ceremonia hace alusion el profeta Ezequiel (c. 8. v. 14): *Et ecce ibi mulieres sedebant plangentis Adonidem.*

Atalante ó Hipomene. Atalante, hija de Esqueneo, rey de la isla de Ciro, tiraba superiormente el arco, y no conocia igual en la carrera. Viéndose solicitada por una multitud de amantes, á causa de su belleza, manifestó por orden de su padre, que no daria su mano mas que aquel que lograra vencerla. Muchos jóvenes principes procuraron entrar en competencia, pero quedaron confundidos. Hipomene se presentó al combate de la carrera, y entró en la liza. Partió el primero, y dejó caer, mientras corria de distancia en distancia, tres manzanas de oro que Venus le habia dado. La imprudente Atalante se entretuvo en recogerlas, fué vencida y vino á ser el premio del vencedor. Algun tiempo despues, los dos esposos, en el esceso de su pasion profanaron el templo de Cibeles, y fueron convertidos en leones.

Midas, el Pactolo y los rosales parlantes. Midas, rey de Frigia, recibió á Baco con magnificencia en sus estados. Este dios en reconocimiento de tan buen servicio, le prometió concederle lo que pidiera. Midas pidió que todo cuanto tocara se volviera oro, pero viendo despues que no podia comer nada, porque hasta su alimento se convertia en oro, rogo á Baco que le quitase esta virtud, y la perdió lavándose en el Pactolo que desde entonces llevan sus corrientes pajitas de oro.

Algun tiempo despues, habiendo sido escogido por juez entre Pan y Apolo, dió otra señal de su mal gusto, prefiriendo los cantos rústicos del dios de los pastores á los cantos melodiosos

de Apolo. Este, para castigarle, hizo que sus orejas se convirtiesen en las de un asno: Midas tenía gran cuidado de ocultar esta deformidad, pero su barbero la descubrió: no atreviéndose á hablar á nadie de ella, el barbero

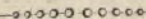


APARICION DE VENUS.

hizo un agujero en la tierra, y dijo el secreto, cuyo peso le fatigaba; luego tapó con tierra este agujero, y se retiró. Poco despues, crecieron en este sitio rosales que agitados por el viento,

repetian las palabras del barbero, y decian á todo el mundo, que Midas tenia orejas de Asno.

(Se concluirá.)



APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

CAPITULO IX.

(Continuacion.)

Aunque nuestros profesores cuidaban mas de divertiros que de instruirnos, teníamos, no obstante, para ellos cierto respeto, porque eran generalmente sábios, aun cuando se sirviesen poco de su ciencia respecto á nosotros; pero ¡los vigilantes! ¡los maestros de estudio! El maestro de estudio, es tradicionalmente la víctima de los escolares. Saben el poco caso que hacen generalmente de ellos los gefes; son como el esclavo de que nos habla Esopo; si hacen mal, son castigados; si cumplen con su deber mejor que el maestro, lo son también: se los sacrifica sin cesar á los discípulos, y por lo tanto se les exige que tengan sobre ellos influencia y autoridad, lo cual no deja de ser un absurdo y una manifiesta contradicción; si el gefe quiere hacer respetable á su subordinado, debe conservar el mismo el ejemplo del respeto hácia sus representantes.—En vez de esto, los pobres maestros de estudio son tratados con altanería, con desden, casi confundidos con los criados, alimentados como los discípulos, se levantan con ellos, duermen con ellos, están mal retribuidos y sobrecargados de ocupacion. ¿Cómo, pues, reconvénirlos de su negligencia y de su apatía? Por eso, de día en día la eleccion de los maestros de estudio llega á ser mas difícil; los gefes de escuela se ven reducidos á confiar sus discípulos á hombres ignorantes, sin educacion, embrutecidos con el tabaco y el aguardiente, son desaseados, y están muy mal vestidos.

Los gefes de las instituciones los desprecian, no sin razon, pero ¿es este el medio de remediar el mal? ¿No debían saber que la primera falta está en ellos? Si se acercasen mas á sus maestros de estudio y los retribuyeran mejor, si les atestigüasen mas consideraciones, insensiblemente enaltecerían esta profesion tan denigrada hoy, último recurso de los que no cuentan con nada. Esta es la llaga de la instruccion pública.

Nosotros hacíamos, pues, de nuestros maestros de estudio una especie de juguete seguros de que no se quejarían con mucha amargura de nosotros, temerosos de ser ellos mismos despedidos.

Un día que Maximiliano Castillo se paseaba con su padre por los alrededores de Chamberí, vió un hombre descalzo y en mangas de camisa, y con un pequeño saco en la mano, y gritando: *¿Quién me compra este saco de cigarrones?* Maximiliano se compadeció de este pobre hombre, y creyendo que su miserable venta le daría para adquirir un poco de pan, rogó á su padre que le comprara el saco y los cigarrones de aquel pobre diablo.

—¿Para qué quieres eso? le preguntó su padre: lo menos hay trescientos ó cuatrocientos de esos insectos.

—Tanto mejor, papá; les daré á mis compañeros, y mañana durante el tiempo de recreo, tendremos un espectáculo divertido viendo volar todos esos cigarrones, y nos reiremos un poco.

El padre de Castillo se rió de la extraña idea de su hijo y le dió los 9 cuartos necesarios para la adquisicion de los trescientos cigarrones. Al otro día, Maximiliano los llevó con la intencion de distribuirlos, pero el diablo es maligno, y arregló el negocio de la

manera que verán mis jóvenes lectores.

Maximiliano había encerrado su saco de cigarrones en su pupitre; ahora bien, sin duda el saco estaba mal atado, y el pupitre tenía un agujero encima; agujero practicado en casi todos nuestros pupitres, pues por allí dejábamos escurrir las cartas que nos dirigíamos durante la clase y especialmente durante el estudio; estos agujeros eran nuestros correos.

Hacia un tiempo magnifico; el sol de la primavera calentaba la atmósfera; uno de estos cigarrones, mas dichoso que los otros ó mas cauto, salió del saco, encontró el agujero y cayó á tierra; un instante despues desplegó sus alas y comenzó á volar por la habitacion haciendo ruido. El maestro nos advirtió severamente que tuviésemos cuidado, y amenazó con el castigo al dueño del cigarron si llegaba á conocerlo.

La inesperada escapatoria del cigarron nos hizo reir, y hasta la amenaza del vigilante inspiró á Castillo la idea mas chistosa que ha concebido jamás un escolar.

Pidió permiso para salir á efectuar una necesidad, llevó consigo su saco y le vació en la clase mientras caminaba; nosotros le mirábamos con el rabillo del ojo, y gozábamos de antemano de lo que iba á suceder.

No habia trascurrido un minuto cuando se alzó zumbando un cigarron; nueva advertencia del maestro; vuela otro cigarron, despues dos, en seguida tres, al poco tiempo diez, al minuto veinte, al poco rato ciento, y últimamente todos; queda á la consideracion de vds. las carcajadas que produciria en nosotros semejante invasion de cigarrones; su sonoro zumbido confundia la voz del maestro; el pobre hombre encarnado de rabia, descarga en vano un diluvio de amenazas, pero nadie le escucha; sin saber lo que hace, se lanza con el pañuelo en la mano detrás de los cigarrones y se pone á darles caza; pero inútiles esfuerzos, porque mientras mas agita el pañuelo, mas se elevan los cigarrones. Viendo su embarazo, algunos de nosotros,

mas maliciosos que los otros, fingen ayudarle en su obra de destruccion. «¡Alto, alto, caballeros, quieto señores; no me ayuden vds.; y hétenos aquí corriendo por la clase, saltando por encima de los bancos. ¡Qué gusto! ¡Cuánto nos agrada la gresca!»

El ejemplo de los rapaces no pudo menos de ser seguido por los demas, y el mismo Castillo se lanzó detrás de los cigarrones fugitivos gritando. «¿A qué diablos han venido aquí estos animales, que no nos dejan trabajar?... ¡Vaya unos bichos incómodos!» La exclamacion de Castillo y sus movimientos añadieron tal gracia á la situacion que redoblaron las risas. En vano el maestro con la frente llena de sudor exclamaba. «¡A su puesto, niños!» No queríamos oírle, y el ruido, el tumulto, las risas iban en aumento hasta que llamaron la atencion de don Bernardo, quien acudió turbado, ignorando lo que pasaba y preguntando si habia algun loco en la casa.

Cuando le vimos todo se puso en orden, pues tal es la influencia de los gefes de los establecimientos: de todos modos, el silencio se restableció, y don Bernardo muy irritado, preguntó con malos modos al maestro la causa de aquel tumulto, acusándole delante de nosotros de no saberse conducir con los discipulos, porque tal es la justicia distributiva de estas instituciones.

El pobre hombre consternado dió cuenta como pudo del suceso: mientras tanto nos costaba trabajo sofocar nuestras risas, y solo la presencia de don Bernardo nos podia contener.

Don Bernardo muy enfadado, dijo que haria un recargo general de escritura de quinientos versos si no se presentaba el culpable. El castigo hubiera sido indudablemente mas fuerte para Castillo si le hubieran delatado; por otra parte, nosotros todos habíamos sido cómplices en su falta y no era justo que sufriese solo su pena. El silencio respondió á la amenaza de don Bernardo y todos tuvimos que copiar quinientos versos. Mas esto era una bagatela en virtud de lestad floreciente en que creíamos nuestra cajas. Se contaron los recargos y se hizo una

justa repartición de los fondos comunes, pero nuestro cajero nos advirtió que los fondos se habían agotado: esta nueva produjo una consternación general. Se celebró consejo y se decretó que hasta nueva orden las faltas y los castigos serían personales, y que en caso de una amenaza de recargo en general, aquel que la hubiese ocasionado debería ser el responsable cuyo estado de cosas debía durar hasta que nuestras pérdidas estuviesen reparadas, y que si el culpable no se declaraba, nosotros tendríamos derecho á denunciarle.

Al otro día se celebraban en mi casa los días de mi madre y tenían que venir á buscarme al medio día, y por nada del mundo hubiera yo faltado á esta fiesta, y falté á ella, gracias á mi amigo Mauricio.

Los triunfos de los rivales, dicen que escitan una noble emulación en los grandes corazones: los laureles de Filipo turbaron las noches de Alejandro; el triunfo que acababa de obtener Castillo, turbó el sueño de Mauricio, y quiso sobrepujarle en chiste.

Una mañana vino á clase mas temprano que tenia por costumbre; los discípulos internos estaban todavía en el refectorio, y Mauricio se había precipitado tanto que olvidó la llave de su pupitre; yo casi siempre me dejaba puesta la llave en el mío, cuya negligencia me dejó bastante escarmentado. No pudiendo abrir su pupitre, depositó furtivamente en el mío un pequeño paquete de papel que contenía una materia muy pesada y glutinosa, por lo que supe despues. En seguida bajó al jardín para jugar el cuarto de hora que se permitía despues del almuerzo: en esto llegué, y no teniendo para que subir á la sala de estudio entré en el jardín. Dos escolares internos, de los cuales uno de ellos era mi inmediato en clase, tuvieron necesidad de subir, y mi inmediato, Leoncio Froma, habiendo abierto mi pupitre para sacar de él un libro, vió el paquete de que he hablado, le abrió por curiosidad, y ó no tuvo tiempo, ó se olvidó hablarme de él, aunque la cosa merecía la pena, como se verá.

Antes que finalizase el tiempo del recreo, Mauricio se ausentó, yo no lo noté entonces, pero cuando volvió observé que traía pintadas de negro las puntas de los dedos; esto me interesaba bien poco para que le preguntase nada, y sin embargo vi en él cierto aire de turbación que me chocó.

—¿Qué tienes? Mauricio, le pregunté.

—¿Yo? nada. ¿Qué quieres que tenga?

—No sé por qué lo pregunto; pero te advierto no sé qué cosa...

—Vamos; ni sabes tú lo que te dices, me respondió Mauricio haciendo un gesto de indiferencia; tú estás soñando, amigo mío.

La esquila que llamaba á clase interrumpió nuestro diálogo; nos pusimos de dos en fondo y nos dirigimos á la sala de estudio, bajo la vigilancia del pobre don Valentin, inocente víctima de los cigarrones de Castillo. Acabamos de entrar en clase. «Comencemos el recitado inmediatamente», nos dijo el maestro. *Inmediatamente* era su palabra favorita; la repetía sin cesar y la colocaba en todas partes; nos amenazaba que seríamos *inmediatamente* privados de los postres de la comida, ó encerrados *inmediatamente* por espacio de ocho días.

Nosotros tomamos su costumbre, y jamás le dirigíamos la menor palabra sin introducir de grado ó por fuerza el famoso *inmediatamente*.

Ahora bien, don Valentin acababa de sentarse con su acostumbrada gravedad; y procedió al recitado que duraba una hora; pasaba la mitad del tiempo sentado en su sillón de madera, y la otra mitad paseándose. Cuando sonó la media, don Valentin quiso levantarse, pero se volvió á quedar sentado; hizo otro esfuerzo, y escuchamos un ruido parecido al de una tela que se despedaza; levantóse en fin, y se volvió para examinar el obstáculo que le habia impedido levantarse; pero ¡ay! los fondillos de su pantalón se habían quedado pegados al asiento de madera untado de pez por Mauricio, y don Valentin al volverse espuso á nuestras miradas aquella

parte de nuestro cuerpo que hemos convenido en llamar asentaderas; era un espectáculo inusitado, es preciso convenir en ello, y bastante original para no reir como locos.

Don Valentin no se reia por cierto; confuso y sin saber lo que le pasaba, se llevó corriendo las manos para coger lo que tan bien nos enseñaba. Esta vez se encontraba verdaderamente afectado y aun creí ver asomarse una lágrima en sus ojos; lloraba por la humillacion que acaba de sufrir, ó por la pérdida de su pantalon negro? Nunca lo pude saber á ciencia cierta; tal vez las dos causas obraban juntas en él.

Sin embargo, nos manifestó sin encolerizarse, que aquel pantalon era el único que poseia, y que le costaria mucho poderle reemplazar: con esta confesion nos compadecimos, y cesaron las risas antes que vinieran las amenazas. «Estoy muy distante, nos dijo, de suponer á todos vds. capaces de una accion tan mala; no hay mas que un corazon frio y egoista, insensible, que sea capaz de ella; lo repito, esto es una mala accion, puesto que perjudica en sus intereses al hombre pobre, que le deja mas pobre todavia.»

Esto se dirigia á nuestra sensibilidad, y si se hubiesen examinado nuestros semblantes, selos hubiera visto á todos sérios ó conmovidos. Mauricio, pues, era el autor del daño; bajó la cabeza y se puso mas encarnado que la grana.

Don Valentin se retiró despues de haber llamado á don Bernardo, y esta vez su descontento llegó al colmo, y no tardamos en sentir sus consecuencias.

Nos amenazó con quinientos versos de recargo si no conocia al autor del daño; esta amenaza nos hizo temblar, pues por cortos, por mal escritos que fuesen nuestros versos, necesitábamos perder lo menos tres dias el recreo para confeccionar quinientos versos; yo temblé mas que todos, temiendo que en un acceso de severidad inusitada, don Bernardo no me dejase ir á mi casa sino despues de la retencion, y no sabia por consiguiente lo que me esperaba.

A las primeras amenazas del director, todos mis compañeros se volvieron hácia mí, murmurando en voz baja. «¡Delátate, delátate!» Yo miraba á unos y á otros sin comprender palabra, porque estaba mas inocente que ellos mismos, viendo que sus consejos no se seguian, y que yo no me delataba, Leoncio Froma me dijo al oido:

—Ya sabes que hemos convenido en denunciar en caso de un recargo general de escritura.

—Si; respondí, lo sé; ¿y á mí que me importa?

—Pues si no te importa denunciar culpable, y nos evitarás el trabajo de hacerlo nosotros.

—¿Que yo me confiese culpable? ¿de qué falia?

—Vamos, no te hagas el inocente; ya sabemos que eres tú.

—¿Yo?... pregunté admirado; yo te aseguro....

—¿Será menester acusarle? preguntó Leoncio á los demas discipulos.

—Si, si, peor para él.... es un cobarde, respondieron todos á una voz. Leoncio se levantó despues de haber pedido permiso para hablar.

—Señor director, dijo con la voz firme propia de aquellos que hablan para cumplir un deber, el culpable es Ildefonso Barrientos.

—¡Yo! exclamé indignado; eso no es verdad, vd. miente.

—No, respondí con fuerza mi acusador; es vd. el que miente, esta mañana mientras duraba el recreo, al abrir su pupitre de vd. para coger mi gramática, que le presté á vd. ayer, vi un paquete que abrí, y estaba en él la pez que aun está estendida en el asiento de don Valentin.

—¡Eso no es verdad! exclamé de nuevo; vd. miente para que se me castigue.

—No señor, no miento, y la prueba es que Agustín Bustillos venia conmigo, y ha visto como yo la pez en el pupitre de vd.

—¿Es eso verdad? preguntó don Bernardo á Bustillos.

—Si señor, mucha verdad; yo lo he visto.

—¡No, no, no! exclamé furioso; ¡mentira, él también miente!

¿Por qué pretende vd. luchar contra la evidencia, señor Barrientos, dijo don Bernardo. Acusan á vd. los que mas le quieren; ¿piensa vd. reparar su falta, ó evitar el castigo refugiándose en la negativa? Eso es querer reparar la culpa cometiendo otra mayor; confíesela vd. y obrará con mas acierto.

—No, contesté llorando; yo no puedo confesar, pues no soy el culpable.

—Está muy bien, caballero, añadió severamente don Bernardo: vd. persiste en el mal, y en castigo copia-ra vd. diez páginas de la gramática, y escribiré á su papá de vd. que no vengan por vd. para celebrar el santo de su mamá.

Estas palabras me hicieron llorar amargamente.

—¡Señor director, exclamé, yo no soy el autor del mal, lo juro, si, lo juro: ruego á vd. que me deje ir á celebrar el santo de mi mamá.

Don Bernardo no me escuchó; lanzóme una mirada despreciativa y salió. Lloré mucho, sumergí mi cabeza entre mis brazos, y levantándome de pronto en un acceso de cólera, me arrojé sobre Leoncio Froma y le di muchos puñetazos; iba á proseguir cuando don Valentin entró con un pantalón rayado.

—¿Qué es eso, señor Barrientos? me preguntó.

—El señor Leoncio me acusa de haber dejado á vd. sin fondillos, y don Bernardo me ha castigado no dejándome ir á celebrar los días de mi madre.

Aquí comenzó de nuevo mi llanto, y nuevos puñetazos cayeron sobre las espaldas de Leoncio. Ni mis compañeros, ni el mismo don Valentin podían sujetarme; mas este último lo consiguió al fin y dijo dirigiéndose á los discípulos.

—Yo conozco á Barrientos, vds. le conocen también; es un excelente chico y que nunca miente (verdad, porque mi tío Justiniano me había hecho tener horror á la mentira). Estoy seguro, añadió de su inocencia, y es una cobardía odiosa por parte de aquel,

que habiendo cometido el delito de dejar caer la pena sobre un compañero inocente.

Y Mauricio estaba allí asistiendo tranquilamente á estas escenas, escuchando sin emoción mi llanto, y los crueles epítetos con que humillaba su conducta; y con todo él no se acusaba. Llevó mas lejos aun la cobardía, puesto que no retrocedió delante de la infame hipocresía. Se volvió hacia mí y me dijo: «Consuélate, que por esto no te morirás. ¡Ten ánimo!» Y al mismo tiempo apretó mi mano contra la suya.

A este contacto, un recuerdo atravesó rápidamente mi espíritu, le tomé la mano, y examinándola mas de cerca encuentro las señales de la pez que había tocado. Cesaron de repente mis lágrimas; le miré con seriedad, se enrojeció, cuyo rubor fué su confesión completa.

—Está muy bien, le dije con frialdad retirando mi mano, comprendo.

—¿Qué comprendes? contestó volviendo á tomar su aplomo, al paso que se restregaba los dedos contra la banca para borrar de su mano los testigos acusadores.

—No tengas temor, Mauricio, le murmuré al oído, no te acusaré.

—¿Acusarme? ¿de qué?

—De haber traído la pez esta mañana, añadió cogiéndole la mano y llevándola á sus ojos.

—Vaya, tienes ganas de reírte, y me enseñó aquella mano de la cual había quitado diestramente toda señal de pez.

Me quedé confuso; fui víctima de mi delicadeza; no quise denunciar á mi amigo cuando podía convencerle, y ahora era ya tarde: estaba fuera de mí, esta conducta egoísta, pífida y cobarde me llenaba de indignación.

—¿Y eres tú, Mauricio, le dije, el que obras así conmigo? ¡Nunca te hubiera creído capaz de ello!

Y se echó á reír.

—¿Te ries? murmuré mordiéndome los labios de rabia.... ¡Tú me las pagarás!

Mi resolución estaba tomada; me contuve mientras duró la clase, pero

en el jardín le llamé con aire decidido: los compañeros me rodearon.

—Mauricio, le dije tranquilamente, ¿eres tú el que has hecho la diablura de esta mañana?

—Sí; ¿y qué?

—Tú no dejarás que me castiguen y falte á celebrar los días de mi madre.

—¿Y qué tengo yo que ver con tu madre? También tengo yo que ir mañana á casa de mi primo, que hay baile... ¿Piensas que me privaré por tí?

—Es justo, pues tú has merecido el castigo.

—¡Va! Pues estaríamos divertidos si nos castigasen siempre que lo merecemos.

—¿Te niegas á acusarte?

—¿Qué cándido eres, Barrientos!

—¿Sabes que vamos á reñir para siempre?

—¡¡¡Ay qué miedo!!! (Y se burlaba).

—No tienes en nada mi amistad.

—¿Qué te has pensado?

Y riéndose me volvió las espaldas. Esto me hizo perder la paciencia, y al mismo tiempo que se volvía le di un fuerte puntapié; se puso de cara á mi

y me amenazó... con la boca; pero nuestros camaradas nos separaron.

—Dejadme, exclamé, dejadle que venga por otro.

Desde este momento quedamos enemigos irreconciliables, y buscamos sin cesar hacernos daño, y en mas de una ocasión vinimos á las manos. El desprecio y el odio reemplazaron á la amistad que tenía á este ser tan bello en las formas, tan horroroso en la realidad; me privó de asistir á la celebración del santo de mi madre, y supe desde entonces desconfiar de las apariencias. Pero este golpe fué harto cruel; lloré mucho tiempo la pérdida de mi ilusión; había creído tener un amigo, y no encontré mas que un ser sin alma y sin corazón, idólatra de sí mismo, incapaz de amar otra cosa mas que su propio interés... yo renuncié á la amistad.

La institución de don Bernardo llegó á serme insoportable, y resolví salir de ella á cualquier precio, y esto no era difícil, porque bastaba hacer conocer la verdad del suceso á mi familia.

(Se concluirá.)

HOMBRES CELEBRES.

VICENTE ESPINEL.

Honraste á Manzanares,
Que venera en humilde sepultura,
Lo que el Taio envidió, Tormes y Henares;
Mas tu memoria eternamente dura.
Noventa años viviste.
Nadie te dió favor, poco escribiste:
Sea la tierra leve
A quien Apolo tantas glorias debe.

Así concluye Lope de Vega un elogio hecho á nuestro poeta Vicente Espinel, cuyo extracto biográfico vamos á dar á conocer á nuestros jóvenes lectores.

Vicente Espinel nació en Ronda, ciudad del reino de Granada, en 1544.

La estremada indigencia en que se vió desde sus primeros años le obligaron á dejar su patria para mejorar de fortuna. Hasta ahora se ignora donde hizo sus estudios, sabiéndose solamente que empezó un curso de teología en Málaga, subsistiendo de las limosnas que recogía en las puertas de los conventos.

Espinel que tenía una grande afición á la poesía compuso en los ratos que le dejaban libres sus estudios, dos cánticos sagrados (*villancicos*) para las fiestas solemnes. Estas primeras producciones merecieron una favorable acogida, y á ellas debió el ser co-

nocido y protegido también del obispo de Málaga don Francisco Pacheco, quien compadeciéndose de sus desgracias, le ayudó para que pudiese tomar el hábito eclesiástico y llegar á ser beneficiado de las iglesias de Ronda.

Por los elogios que Espinel prodiga á este prelado en todas sus obras, se ve que estuvo siempre reconocido á sus favores, y que le miraba como su protector.

Habiendo este fallecido pasó Espinel á la corte en solicitud de algun destino; mas viendo frustrados sus proyectos, se dedicó esclusivamente á la poesia, en la que hizo nuevos progresos. Se le consideró como inventor de las *décimas*, porque aunque ya se leen algunas en el *Cancionero general*, y en las obras de otros poetas mas antiguos que Espinel, no se debe negar á este la gloria de esta graciosa invencion, puesto que las dió nuevo espíritu y belleza, refundiéndolas y estableciendo la forma, contestura y orden de consonantes que en el día tienen, por lo cual las llamaron por mucho tiempo *Espinetas*.

También se le considera como al inventor ó perfeccionador de la vihuela ó guitarra, en que fué consumado, y á la cual añadió la quinta cuerda.

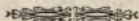
Volviendo á sus poesías diremos,

que puso en verso el *Arte poética* y varias *odas de Horacio*. En estas fué mas exacto y feliz que en aquella, en cuya traduccion quitó y añadió mas de lo que es permitido á un buen traductor.

Pero donde descubrió un bellissimo ingenio, y el estudio que habia hecho de los antiguos, fué en sus poesías originales, por las cuales ha sido mirado con razon, como á uno de nuestros mejores poetas. Se advierte en ellas que estaba dotado de una vasta condition: que conocia perfectamente las lenguas antiguas y modernas, y que siguió siempre los mejores modelos.

Se distingue entre sus obras el poema que tituló *Casa de la memoria*, consagrada á la memoria y alabanza de algunos ilustres poetas, particularmente andaluces. Sus poesías con este poema se imprimieron en Madrid, año de 1591. También compuso el libro titulado: *Vida del escudero Marcos de Obregon*, en el que aparece una sana critica sazónada con el chiste. El mérito de Espinel en lugar de grangearle la proteccion de algun Mecenas, solo le acarreó un gran número de enemigos, cuya envidia y malignidad burlaron todos sus proyectos y esperanzas. Así es que murió en Madrid, en 1631, perseguido de la miseria y de la calumnia á la edad de 90 años.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.



LA METAMORFOSIS.



CAPITULO VII.

LAS PRUEBAS.

Por la noche, Sofia volvió á casa de su madre para saber lo que pasaba; pero doña Esperanza acababa de par-

tir, porque su familia se habia apresurado á arrancarla de aquellos sitios que le hacian experimentar tan tristes recuerdos. Se tenia el proyecto de hacerla viajar á Francia para que se distrajese, pues temian que sucumbiese á su dolor.

Sofia se entristeció mucho con la ausencia de su madre, y al pensar que se alejaba para olvidarla se afligió extraordinariamente. Sabia que su ma-

dre estaria mucho tiempo inconsolable; mas la idea que las personas que la rodeaban iban á hacer los mayores esfuerzos para que borrara este recuerdo, la atormentaba, y en su inquietud aborrecia á su familia porque procuraba consolar á su madre. Sofia pasó aquella noche escondida en un pasillo, donde tuvo mucho frio; hubiera estado mejor en la cuadra, pero tenia miedo á los caballos para atreverse á penetrar alli.

No bien se abrió el balcon de Agustina, cuando Sofia volvió á su lado. La jóven la recibió mejor aun que el dia antes, pues ya era una antigua amiga.

—Minina, la dijo, ven aqui.

Sofia no quiso responder á este nombre, y hasta manifestó su descontento porque la nombraban asi.

—Minina, repitió Agustina.

Pero Sofia no quiso responder tampoco á este nombre.

—Es preciso que yo te dé un nombre, puesto que ya eres mia, dijo la jóven, ya que no puedes decirme el tuyo.

A estas palabras concibió Sofia un pensamiento luminoso, dió un salto, salió por el balcon y llegó hasta su morada, atravesó las escaleras y se puso delante de la puerta de su cuarto: se encontraba en estado de mudanza; todo estaba abierto; los muebles, la ropa de Sofia, todo estaba esparcido acá y allá; y como todo se hallaba ocupado, pensó que nadie pondria atencion á lo que hiciese; entonces se apoderó con destreza de uno de sus pañuelos, que estaban sobre la cómoda y huyó al instante.

Sofia habia bordado su nombre en uno de los picos del pañuelo, y apenas volvió á casa de Agustina, cuando le presentó el pañuelo, señalando con sus patitas las letras que componian su nombre.

—Sofia! leyó en voz alta Agustina.

Al momento la gata saltó á sus rodillas, y se alejó para que la llamasen otra vez. En vano su jóven ama procuró darla otros nombres, porque la gata le enseñaba siempre el que aparecia bordado en el pico de su pañuelo, y Agustina viendo que no queria

responder mas que por este nombre, comprendió que era aquel el que siempre le habian dado, y se resignó á llamarla asi.

Por lo comun es el ama la que educa á su gato, y esta vez, al contrario, era la gata la que enseñaba á su ama como queria ser llamada; esto parecia muy singular, pero Agustina sabia hasta qué punto son inteligentes los animales domésticos y nada la admiró por esta parte.

Hé aqui á Sofia establecida en la casa bajo su verdadero nombre: lo mas difícil estaba hecho, y ahora no se trataba mas que de hacer decir: *Yo te perdono*, y el mas leve delito podia traer esta frase.

Pero para hacerse perdonar de su ama era necesario primero enfadarla, y esto no era tan difícil como debia creerse á primera vista.

Habian dado á Agustina un gran cartucho de dulces que parecian excelentes. Sofia vió este cartucho y se puso á devorar todo lo que contenia, y guardó alegremente el regreso de su ama, en la creencia de que seria reñida.

Pero la engañó la esperanza. Agustina no era golosa; vió que Sofia se habia comido los dulces, y en vez de encolerizarse le dijo.

Has hecho bien; has adivinado que los guardaba para tí.

A Sofia no le gustó tanta dulzura y resolvió vengarse de ella.

Agustina dibujaba muy bien, y hacia bastantes dias que se apresuraba á terminar un paisaje que queria enseñar á su padre; este dibujo estaba muy adelantado, y no le faltaba mas que algunos golpes de lápiz para concluirle de un todo.

Habiendo visto Sofia que su ama habia puesto mucho cuidado en esta obra, pensó que echándola á perder se enfadaria, y en su consecuencia, un dia que Agustina salió, la maligna gata cogió el dibujo y le hizo pedazos. Agustina volvió al poco tiempo y viendo el destrozo de su trabajo, en lugar de enfurecerse, como Sofia lo esperaba, se echó á reir.

—Si mi padre viese esto, exclamó,



EL TOCADOR DE AGUSTINA.

como se burlaria de mí! «Te está bien empleado, me diría, ¿porqué tienes gato?»

Y hablando de esta manera, Agustina recogió los pedazos de su dibujo, y los arrojó al fuego para que no quedase ningun vestigio del crimen de Sofia: en seguida se puso á dibujar, y comenzó otro paisaje como si nada hubiese sucedido, siendo imposible ver en su semblante la menor impresion de despecho.

Sin embargo, Sofia salió de su escondite, creyendo que su presencia escitaría la cólera de su ama, y que despues de haberla reñido, la diría al fin: «Sofia, yo te perdono;» pero Agustina no la riñó nada.

—Escóndete pronto, la dijo, que va á reñir mi papá, y ya sabes que no le gustan los gatos.

Y Sofia se alejó triste y desanimada.

CAPITULO VIII.

OTRA PRUEBA.

Algunos días despues volvió la esperanza á su corazon: al entrar en el aposento de su ama, Sofia apercibió una soberbia guirnalda de rosas que le acababan de traer en aquel momento. La criada habia tenido la imprudencia de ponerla sobre la almohada de la cama, mientras que las doncellas arreglaban los hermosos cabellos de Agustina, la que sentada delante de su tocador, no podia ver lo que pasaba en otra parte.

Sofia conoció que el momento era favorable; su ama debiendo ir á un gran baile, para el cual se estaba preparando, y parecia que aquella guirnalda constituiría un objeto de la mas alta importancia, y así era preciso incomodarla sin tardanza. Si Agustina soportó con paciencia la pérdida de sus dulces y de su paisaje, no podia quedar insensible al destrozo de su guirnalda.

Mientras que las doncellas componían á Agustina, y su primo la daba prisa para acudir al sarao, la gata saltó ligeramente á la cama y se acostó en medio de la guirnalda,

de manera que no quedase una flor sin ser aplastada con el peso de su cuerpo.

Cuando la doncella acabó el peinado y quiso coger la guirnalda para ponerla en la cabeza de Agustina, y esta vió en lugar de las hermosas flores las dos orejas de un gato, retrocedió espantada.

Pero ¿cual fué su dolor al ver el estado miserable á que habia quedado reducida la guirnalda! Las rosas marchitas y ajadas incapaces de figurar aun en el modesto sombrero de una aldeana.

—Señorita, exclamó; me es imposible adornar á vd. con esto.

Y mostraba con mano indignada la desgraciada guirnalda. Pero Agustina no era coqueta, y tenia razon porque era bonita y no necesitaba de semejantes adornos, y por lo tanto en vez de enfadarse se echó á reir.

—Está visto, dijo, que me es preciso renunciar á ponerme la guirnalda. Joaquina, dame el ramo de lilas que te entregué el otro día; pues toda clase de flores sienta bien al vestido que voy á ponerme.

Al escuchar Sofia estas palabras se lanzó fuera del cuarto desesperada; se irritó al observar tanta paciencia. «¿Cómo! exclamaba; ni siquiera es coqueta! Le echó á perder sus adornos, lo que ocasiona tanto pesar á otras mugeres, y esta jóven se rie.»

Sofia reconvenia á Agustina por su dulzura como si hubiese cometido un crimen; decia que era descuidada, y no podia perdonar un bello carácter que así destruía todos sus proyectos y todas sus esperanzas; de igual manera tomamos á menudo por un defecto una buena cualidad que nos incomoda.

(Se concluirá.)

LA CALUMNIA CASTIGADA,

Y LA INOCENCIA RECONOCIDA.

Dionisio, rey de Portugal, al casarse con Isabel, hija de Pedro, rey de

Aragon, habia atendido mas á su hermesura y á las ventajas de su nacimiento, que á su virtud y á su piedad; sin embargo, la dejó la libertad de hacer su voluntad en todo lo que su devoción la prescribía. Aunque él no hiciese alarde de una gran virtud, no podía menos de admirar y estimar la de su esposa.

Isabel esperimentó muchas desgracias por parte del rey. Este dió oídos á un calumniador, que acusó á la piadosa reina de tener tratos ilícitos con un page de quien se servía para llevar las limosnas á los pobres vergonzantes, y para otras obras de piedad, el cual se alegraba de ser empleado en tales comisiones. El acusador era un page del rey, que era enemigo del de la reina por envidia, á quien el rey creyó fácilmente la impostura, porque juzgaba del corazon de la reina por el suyo.

Estando el rey un día de paseo, pasó por delante de una calera. Llamó al dueño que atizaba el fuego y le ordenó secretamente que arrojase en el horno ardiendo, á un page que le enviaria el día siguiente, como para saber noticias de algunas comisiones que él le habria dado. El día siguiente no dejó el rey de encargar al page de la reina, fuese á hablar al calero, para preguntarle si habia desempeñado su comisión. El page marchó al punto; pero al pasar por delante de una iglesia, entró en ella para oír misa, según acostumbraba; la que estaban celebrando encontró empezada, y creyó debía oír otra despues que se acabó la primera.

El page acusador que sabia dónde y para qué se habia enviado al page de la reina, estuvo impaciente por saber lo que le habia sucedido, y fué al mismo sitio para ver si habian obedecido al rey. El calero habiéndole reparado, creyó que era aquel á quien tenia que coger, y sus operarios le sujetaron y arrojaron al horno, en donde quedó reducido a cenizas en un momento. El page de la reina, despues de la misa, continuó su camino, y fué á saber del calero si habia ejecutado las órdenes recibidas en la vispera.

Decid al rey, le respondió éste, que he cumplido lo que él me ha mandado. Cuando el rey conoció tan estraña equivocacion, quedó conmovido y turbado, y este suceso en el que tuvo que reconocer la mano de Dios, le convenció de la inocencia de Isabel, y no contribuyó poco á disminuir sus desórdenes.

PENSAMIENTOS.

Los mas nobles presentes que el cielo ha hecho al hombre son la facultad de decir la verdad y hacer bien á los otros.

El que no sabe ser ni padre, ni marido, ni hijo, no es un hombre de bien.

La muerte es una cosa menos terrible que lo que imaginamos, es un espectro que nos espanta á cierta distancia y que desaparece á medida que se nos acerca mas.

La ingratitud es un crimen tan vergonzoso que no se ha encontrado nunca un solo hombre que haya querido confesarse culpable de él.

El poder se parece al círculo que forma una piedra al caer en un estanque; crece, se estiende y desaparece.

El hablar bien es un arte; el saber callar una ciencia.

La poesia es la filosofia por inspiracion.

La historia de la muger se reasume en dos palabras: amor y vanidad.

La soledad está cerca de Dios.

¿Qué cosa vale mas y cuesta menos? El tiempo.

El amor se exhala y se percibe misteriosamente como un perfume; es inútil ocultarlo.

Un alma pura es como un lago de agua cristalina; se vé claro hasta su fondo.

La crítica severa es el primer derecho de la amistad.

El buen sentido es á la prosa lo que la inspiración á la poesia.

C. Pascal y Gentis.

HISTORIA NATURAL.

EL BABIRUSA.

Todos los naturalistas han considerado á este animal como una especie de puerco, no obstante que no se parece á él en la cabeza, en la corpulencia, en las sedas, ni en la cola, pues tiene las piernas mas altas, mas corto el hocico, está cubierto de pelo corto, tan suave como la lana y su cola está terminada por un mechón de la misma lana; á que se añade que su cuerpo es menos pesado y abultado que el del puerco; que su pelo es gris mezclado de rojo con algo de negro, y que sus orejas son pequeñas y puntiagudas. Pero el carácter mas notable, y por el cual se distingue el babirusa de todos los demas animales, son cuatro enormes colmillos ó dientes caninos, de los cuales los dos mas pequeños salen como en los jabalies de la mandíbula inferior, y los otros dos, que son mucho mayores, parten de la mandíbula superior, atravesando las megillas ó mas bien los labios superiores, y se estienden en línea curva hasta mas abajo de los ojos; y estos colmillos son de un marfil hermosísimo, mas limpio y fino, aunque menos duro, que el de los colmillos del elefante.

La situación y la dirección de estos dos colmillos superiores que atraviesan el hocico del babirusa, y que dirigiéndose al principio línea recta á lo alto, se encorvan despues en figura circular, y á veces espiral, han hecho discurrir á algunos físicos harto hábiles, como Graw, que estos colmillos no debían reputarse por dientes, sino por cuernos, fundando su dictámen en que todos los alveolos de los dientes de la mandíbula superior tienen todos sus alveolos vueltos hacia abajo,

asi para las muelas, como para los dientes incisivos, al paso que los solos alveolos de estos dos grandes colmillos están al contrario, vueltos á lo alto; infiriéndose de aqui, que siendo el carácter esencial de todos los dientes de la mandíbula superior, dirigirse hacia abajo, no podían colocarse estos colmillos dirigidos á lo alto en el número de los dientes, y que era forzoso considerarles como cuernos.

Pero estos físicos se engañaron, pues la posición y la dirección son meras circunstancias de la cosa, y no la esencia; y estos colmillos, aunque situados de un modo opuesto á los demas dientes, no por eso dejan de ser dientes; no siendo esto mas que una singularidad en la dirección, la cual no puede mudar la naturaleza del diente, ni de su verdadero colmillo hacer un falso cuerno de marfil.

Estos enormes y cuadruplicados colmillos dan á estos animales un aspecto formidable, y sin embargo son quizá menos temibles que nuestros jabalies. Los babirusas andan en manadas como los jabalies, y exhalan un olor fuerte que los descubre, y es causa de que los perros los cacen con buen éxito: gruñen terriblemente, se defienden y ofenden con los colmillos inferiores; pues los superiores antes les sirven de estorbo que de utilidad; aunque toscos y atroces como los jabalies, se domestican facilmente, y su carne que es muy buena de comer, se corrompe en poco tiempo. Como su pelo es fino y su piel delgada no resisten al diente de los perros, que les dan caza con mas gusto que á los jabalies, y consiguen facilmente vencerlos; se asen á las ramas con los colmillos superiores para descansar su cabeza, ó para dormir en pie, pareciéndose en esto al elefante, el cual para dormir sin echarse, sostiene su cabeza po-

niendo la punta de los colmillos en agujeros que él mismo socava a este fin en la pared de su domicilio.

El babirusa difiere tambien del jabali por sus apetitos naturales, pues se alimenta de yerbas y hojas de árboles, y no procura entrar en los jardines a comer verduras, en vez de que en el mismo país, el jabali se alimenta de frutos silvestres y de raíces, y suele asolar los jardines. Además estos animales que caminan igualmente en manadas, no se juntan nunca, sino que los jabalies van por una parte, y los babirusas por otra; estos caminan con mas ligereza, tienen el olfato muy fino, y suelen ponerse en pie apoyados contra los árboles para ventear desde lejos los perros y los cazadores; cuando son perseguidos mucho tiempo y sin ningún intervalo, corren á arrojar-se en el mar, donde nadando con tanta facilidad como los ánades, y sumergiéndose como ellos se libentan con frecuencia de los cazadores, pues nadan mucho tiempo y á veces van á gran distancia y pasan de una isla á otra.

Finalmente el babirusa se halla no solamente en la isla de Buro ó Boero, cerca de Amboina, sino tambien en otros muchos parages del Asia meridional y de Africa, como en las Celebes, en Estrila, en el Senegal y en Madagascar, pues parece que los jabalies de esta isla, de los cuales habla Flaccour y dice *que principalmente los machos tienen dos cuernos á los lados de la nariz*, son babirusas.

«Nosotros no hemos tenido proporcion, dice Buffon, para certificarnos de que la hembra carezca efectivamente de estos dos colmillos tan notables en el macho, pero la mayor parte de los autores que han hablado de estos animales, parece están de acuerdo sobre este hecho que no podemos confirmar ni contradecir.»

Acompañamos la figura de este animal hecha en presencia de dos muy perfectos que se han tenido á la vista, procurándose con el mayor esmero que la lámina dé una idea exacta de su cuerpo y de su cabeza.



EL BABIRUSA.